



GISELLE ROLET, mi amiga de La Colle (una aldea, cerca de Niza), me escribe...:

LA COLLE es una aldea situada en las últimas estribaciones de los Alpes.



UNA MAÑANA La Colle vio atravesar una columna de soldados altivos.



# UNA ALDEA

*Giselle Rolet, mi amiga de La Colle —una aldea, cerca de Niza—, me escribe: "Se habla mucho de la guerra. Así ha de haber sido en 39. Yo era entonces una niña. Si vuelve la guerra, cuando acabe, yo seré una vieja. No podré resistir otra..."*

*Quisiera contestarle que la guerra no llegará o que ángeles benévolos librarán a La Colle de sus horrores. Pero yo sé que esa aldea confiada y soñadora está cerca del mar y las fronteras, en lo que llaman "un punto estratégico", y si hay guerra, nuevamente marcharán por sus calles ejércitos de diversos uniformes y soldados fornidos y rientes se disputarán los besos de las muchachas, en quién sabe cuántos idiomas extranjeros.*

**E**N París había niebla y frío, Niza era una promesa de tibio descanso. Una tarde, en el malecón donde se soleaban cientos de aburridos ingleses, flacos como espárragos, conocí a Giselle. Había venido por unas cuantas horas, para hacer sus compras de Navidad. Y yo volví con ella a su aldea porque su sonrisa traviesa disipaba mi nostalgia y porque era más grata la idea de pasar la noche del 24 a su lado, que la perspectiva de sumergirme en el promiscuo e internacional ambiente de alguno de los hoteles elegantes cercanos a la playa.

Su padre era el director de la escuela de La Colle y me alojó en un salón de clases, desierto por las vacaciones. En vez de espejo tenía yo un pizarrón y veinte bancos en lugar de ropero. No había calefacción; pero sobre la cama varias mantas de lana consolaban del paisaje de árboles secos y campos nevados que la montaña ofrecía.

Mis amigos de La Colle parecían encantados de tenerme. Ningún turista se detenía nunca más que las dos o tres horas necesarias para ver el viejo monasterio bombardeado o para comer algo en un figón. Los vecinos iban a conversar con el viajero venido de un país lejano y exótico, y yo les hablaba de mis volcanes y mis ruinas, del valle y la ciudad que vive en el perpetuo otoño.

Monsieur Rolet era aficionado al aguardiente y al ballet. A su otra hija la llamó Copelia. Cuando al crepúsculo yo volvía de la mano de Giselle, después de caminar varias horas por las praderas heladas o de visitar las calles medievales de Saint Paul, el pueblo vecino, me recibía frotándose las manos:

—Vengan, vengan... Ya está haciendo mucho frío. Tomaremos una copita. Este aguardiente lo preparé yo mismo, el verano del 47. ¡Muy buena cosecha!

Y mientras servía, se informaba:

—¿Fueron a ver las cascadas? Es lo mejor que tenemos. Esto es sólo una aldea. Y ahora no es tan alegre como en otros tiempos. La gente es buena, pero usted sabe: tuvimos la guerra...

La Colle es una aldea situada en las últimas estribaciones de los Alpes, frente al Mediterráneo. Como está muy próxima a la frontera, ha pertenecido indistintamente a Francia y a Italia, según la suerte de las armas lo depara. Los habitantes hablan un dialecto mezclado de francés y de italiano y comen con igual gusto el espagueti o la sopa de cebolla.

Pero cuando en 1939 los ejércitos de Mussolini atravesaron los Alpes para asestar a Francia lo que Roosevelt llamó "la puñalada traperá", todos los pacíficos ciudadanos de la región se echaron a temblar. Una mañana vieron atravesar columnas de soldados altivos que trataban de mantener el mentón tan alto como lo tenía siempre en sus retratos el leñador Benito. Con banderas desplegadas y a tambor batiente, los italianos entraban a un país conquistado.

Se instalaron en un caserón situado en las afueras de la aldea. Los temerosos habitantes de La Colle espían cómo, ante el silente cuartel, un soldado impasible y austero, hacía la guardia, yendo y viniendo en inútiles y marciales paseos.

Sin embargo, poco a poco el centinela marcaba el paso con menos energía. Un buen día lo vieron, entre el asombro de la gente sencilla, renunciar al paseo militar y sentarse en una piedra. Poco después dejó el fusil y trajo un acordeón. Entonces varios otros uniformados salieron a cantar canciones napolitanas. A estas alturas, no pocos de los apuestos y simpáticos soldados italianos habían hecho amistades en el pueblo. Se decidió pues, hacer la primera fiesta.

Los invasores eran artistas y enamorados; pronto dejaron a un lado la disciplina. Las familias de La Colle los recibían amablemente y les permitían pasear con las *ragazzas*. La vida fue buena y alegre en esos meses. Nadie hacía ejercicios militares y los sábados todos bailaban en el cuartel y cantaban a coro canciones románticas del sur.

Nunca se ha sabido quién hizo la denuncia. El caso es que de pronto apareció un regimiento alemán, marcando el paso de gauso. Todos los italianos fueron arrestados y remitidos a un campo de concentración. El día que partieron los camiones enrejados en que se iban desde el coronel hasta el último soldado, todas las muchachas del pueblo, enlutadas, fueron a despe-

# CERCA DE NIZA

dirlos. Y mientras ellas agitaban en el aire sus pañuelos húmedos de lágrimas, ellos se alejaban gritando:

—*Vive la France! ¡Vive la liberté!*

Monsieur Rolet sonríe a este recuerdo. Junto a él, el pequeño Guy, nacido en esos años aciagos, se ha quedado dormido en brazos de su madre. Es ya un chico largo y flaco, de más de diez años; pero en el invierno, junto al fuego, le gusta volver a su primera infancia y dormirse en brazos de madame Rolet. Ella también dormita, mientras los resplandores del hogar juegan sobre la palidez de su rostro envejecido.

Al pequeño Guy los alemanes lo trajeron a casa una vez que se perdió en el bosque. Ellos eran corteses y tranquilos. No se metían con nadie. Saludaban militarmente cuando había necesidad, y cuando no la había atravesaban erguidos la calle, sin mirar a ningún lado. Nadie los quería, pero tampoco nadie tenía nada que reprocharles.

Así fueron las cosas hasta que un pelotón de soldados recorrió un día la aldea y se detuvo en varias casas. De los arrestados, muchos no sospechaban que por sus venas corriera sangre judía. Pero los nazis estaban seguros. Berlín no se equivocaba: quince ancianos franceses, cuyos ascendientes habían vivido por generaciones en los Alpes, eran de origen semita. Los quince fueron enviados a Alemania, a un campo de concentración afamado por su amplia y siempre activa cámara de gas.

No había pasado mucho tiempo cuando el hijo de uno de los judíos mató a un soldado alemán. El asesino huyó hacia los bosques y fue a reunirse con los guerrilleros que hacían la resistencia. El caso disgustó mucho al rubio teniente encargado del pueblo. El tenía buen corazón y no hubiera querido hacerlo, pero la ley era clara: diez franceses por cada alemán muerto.

Entonces comenzó la peor época. Los corteses alemanes iban frecuentemente a buscar rehenes a la aldea. Ellos no lo deseaban, pero la ley era la ley. Los muchachos se escapaban de sus casas, hasta los más jóvenes, para ir a descarrilar trenes y a volar puentes. Era la resistencia. En la pequeña imprenta, por las noches, se imprimían los poemas en que Paul Eluard y Aragón hablaban de una alegría de vivir reconquistada. Las mujeres vestían de negro, comentaban en voz baja la fuga de sus hijos o la muerte de sus esposos. Los hombres escuchaban, con la oreja pegada al receptor, las noticias optimistas que transmitía la radio inglesa: los americanos estaban en Africa y pronto desembarcarían en Europa.

La víspera de mi regreso a París, Giselle y Copelia me llevaron a ver el monasterio y el puente bombardeados.

—Así fué la liberación —aseguraron.

Aviones que destruían todo a su paso, alarmas nocturnas, incendios que marcaban la retirada de las tropas alemanas.

—Cuando los aviones volaban bajo y disparaban sobre los objetivos militares —cuenta la reflexiva Copelia— sabíamos que eran ingleses. Cuando pasaban muy alto, lanzando bombas a diestra y siniestra, eran americanos.

Al volver, entramos a un pequeño "bistrot". Mientras tomábamos una taza de té reconfortante, Giselle decía, en sus labios siempre la traviesa sonrisa:

—En casa no querían a los americanos. Pensaban que eran mal educados. Cuando los franceses tenían que tratarles algo, el comandante los recibía con los pies sobre el escritorio, y eso papá no se lo perdonó nunca. Pero nosotros nos divertíamos mucho con ellos. Venían a bañarse a la escuela, porque allí tenemos la única ducha del pueblo. Y claro que eran mal educados, pero eran sencillos y alegres.

Por la calle desfilaban, en ese momento, los niños del orfanatorio. Entre las cabecitas rubias destacaban las caras africanas y serias de los negritos bastardos que señalan el paso de los ejércitos norteamericanos por toda la Europa liberada. Giselle se levantó y, para verlos, pegó la frente al cristal helado de la ventana.

—Giselle tuvo un novio americano —me susurró Copelia—. Se llamaba Bob y vivía en Brooklyn. Tardó mucho en conseguir empleo, después de la guerra. Entonces dejó de escribir. Dicen que se casó por allá...

Cuando los expósitos terminaron de pasar, Giselle volvió a la mesa. En sus labios vagaba siempre la misma sonrisa, pero algo más brillante en sus ojos denunciaba la inminencia de una lágrima que no llegó a brotar.

Amiga Giselle: Así te recuerdo siempre, tu figura destacándose sobre las casas grises y pardas que tras la ventana acaparaban, sobre sus techos puntiagudos, los moribundos rayos del crepúsculo; tu sonrisa traviesa disipando mi nostalgia mientras la tuya se acendrabá en una lágrima a la que no permitiste salir por no entristecer nuestro adiós.

Valiente, adorada Giselle: quiera el destino que nunca otra guerra enlute las calles de tu aldea y marchite tu dulce rostro.



LA VÍSPERA de mi regreso a París, Giselle y Copelia me acompañaron...

QUIERA EL destino que nunca otra guerra enlute tu aldea...

